



DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
CON OCASIÓN DE LA AUDIENCIA PARA LOS PEREGRINOS KOLPING  
Basílica de San Pedro, Roma - 29 de octubre de 1991

El nuevo Beato, Adolfo Kolping, elevado al honor de los altares el domingo pasado, es un personaje que marca la pauta para todos los cristianos, especialmente para las hermanas y los hermanos Kolping. A través de los Beatos y los Santos, Dios dirige siempre un mensaje a los cristianos dispersos por el mundo. Esto se aplica también a Adolfo Kolping.

Con los dos pies bien puestos en la tierra, se orientaba por el cielo. Estuvo, como dice la Sagrada Escritura, en el mundo sin ser del mundo. Adolfo Kolping no llevaba una doble existencia, siendo sacerdote al interior de la Iglesia y hombre mundano fuera del templo, de la misma forma que ningún cristiano puede ser tal solamente durante la misa dominical, viviendo los otros seis días de la semana como persona mundana. Adolfo Kolping convirtió su trabajo en oración y después, su oración en trabajo. En esto consistió su carisma específico y el mensaje que nos dirige hoy a nosotros. Convirtiendo todos los días nuestro trabajo en oración y después, nuestra oración en trabajo, cumpliremos con nuestra vocación. Sólo quien conoce a Dios, conocerá también a los seres humanos. En la oración, la persona va conociendo a Dios, lo cual le hace capaz de conocer también al prójimo como a su imagen con todas sus dimensiones reales, con todas sus carencias y necesidades. En la oración, la persona experimenta a un Dios que se acerca a los seres humanos para sanarlos, de modo que orando se siente impulsado a servir a sus semejantes. Sólo quien busca y encuentra el rostro de Dios en la oración, será capaz de reconocer también el rostro divino en los rasgos de sus semejantes.

Esta es la raíz de la gran obra social de Adolfo Kolping: él fue un místico de la acción. Sabiendo a través de la oración que Dios estaba a su lado, buscó acercarse a los seres humanos. Vivimos hoy día en una situación mundial que requiere de esta clase de personas. En vez de planificar y describir un mundo nuevo y hermoso, tenemos que intentar sanar el mundo que tenemos. Cambiar a la persona, significa en realidad, curarla de sus faltas. Tenemos que diseñar la sociedad humana de un modo nuevo y reintegrar a ella a los marginados ordenando y protegiendo su vida a toda costa.

Hace falta tener mucho valor hoy día para dar estos pequeños pasos de sanación y ayuda, indispensables para poder cumplir con nuestra tarea existencial y valiosos para la renovación real del ser humano y de nuestro mundo. Hace falta tener valor para sentirse personalmente llamado y capacitado por la gracia divina a enfrentar esta tarea y para comenzar a llevarla a cabo realmente durante el propio y angosto camino por la vida. Escuchémoslo de nuevo: Es verdad que no estamos en condiciones de transformar el mundo entero, pero sí tenemos que atrevernos a transformar ese pequeño pedazo del mundo que está a nuestro alcance. Es verdad que no podemos realizar grandes hazañas para la humanidad entera, pero no por esto debemos dejar en el abandono a aquellos a los que sí podemos salvar, aunque fuera una sola persona. Tenemos que comenzar allí donde haya lugar para algo nuevo. Tal como lo hizo Adolfo Kolping, tenemos que exponernos a dar el necesario paso hacia adelante y en esto entregar nuestra vida.

De este modo, Adolfo Kolping inició su obra que hoy día abarca el mundo entero. Su fe le dio el valor de esperar lo imposible, poniendo en práctica lo posible, y de acometer desafíos que con toda seguridad iban a trascender el tiempo de su propia vida. Respecto a una obra existencial de estas características, desde la fe se puede afirmar: En realidad, sólo fue un aporte modesto, pero mereció la pena, dado que su sentido y su valor vienen de Dios. Hoy día, Adolfo Kolping - a través de su compromiso que trajo tantas bendiciones - nos convoca a llenarnos de ese mismo valor cristiano ante la vida. La Iglesia acaba de elevarlo al honor de los altares con el fin de hacernos capaces también a nosotros de descubrir las potencialidades de Dios en las circunstancias de nuestra vida diaria, con tal que realmente asumamos nuestro compromiso en la vida y nos abramos a las inspiraciones de la gracia divina.

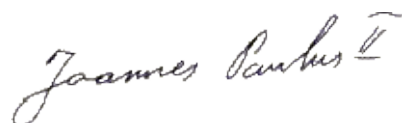
Este realismo cristiano, llamado sencillamente la "fe" por la Biblia, nos muestra que las situaciones tan confusas que reinan en el mundo, muchas veces tienen su origen en la falta de equilibrio interior del ser humano. Por esto, para sanar al mundo los cristianos aplican una terapia muy distinta que la aplicada, por ejemplo, por los materialistas. Estos últimos quieren sanar la conciencia humana a través de su intento de cambiar la situación del mundo con métodos revolucionarios. Piensan que lo que debe cambiar no está en la persona humana sino que en las circunstancias que la rodean. Hoy día sabemos mejor que nunca que esa terapia es del todo inadecuada.

Los cristianos no tienen la expectativa de que el ser humano, alienado a sí mismo, sea capaz de crear con sus propias fuerzas un mundo sano, dado que no tiene la posibilidad de redimirse a sí mismo. Más bien creen que la revolución tiene que comenzar dentro de la persona misma: no es el entorno del hombre el que tiene que cambiar primero, sino su propio ser en profundidad. Creemos que gracias a Jesucristo esta sanación podrá llegar a los demás también a través de nosotros como cristianos. En el inicio de una existencia cristiana no están la tarea, la exigencia, el programa, sino un poder que nos viene de Dios y que nos da la convicción de ser capaz de contribuir a la liberación de sus semejantes de los problemas y condicionamientos con los que tienen que cargar. Tu vida recibe de Dios esta potencialidad. ¿Estás dispuesto a arriesgarte?

Es una pregunta que sobrecoge, porque puede obligar a la persona a orientar su vida de una manera totalmente nueva. Es la pregunta que hizo que Adolfo Kolping cambiara de profesión, transformándose de artesano en sacerdote. Permitted que Dios le hablara de su responsabilidad por sus prójimos, con lo cual trascendió muchísimo la concepción que él mismo había tenido de su profesión. De este modo, fue extendiendo su obra más allá de su propio ámbito de acción en Colonia y en Alemania, enseñando a mucha gente el camino hacia su real responsabilidad por la salvación del mundo. Esto es válido también en la actualidad. De acuerdo con esto, las preocupaciones primordiales no deberían girar alrededor de un determinado nivel de vida que fuera deseable alcanzar, o alrededor de la necesidad de cumplir con las normas de un determinado rendimiento promedio, aunque ambas cosas son también importantes; pero todo esto perdería prioridad, convirtiéndose en algo como la materia prima para la respuesta a esta pregunta fundamental: ¿Quieres asumir en serio esa potencialidad que te ha sido dada, para contribuir a la sanación de tus semejantes que sufren los problemas de su época? ¿Estás dispuesto a definir esto como el hilo conductor de tu vida?

Si desde un corazón lleno de fe hoy día pudiéramos responder afirmativamente a estas preguntas, entonces la vida de Adolfo Kolping daría sus frutos también a través de nuestra existencia. Es esto lo que la beatificación de Adolfo Kolping pretende lograr para la Iglesia y para el mundo.

En este sentido, a todos ustedes así como a sus seres queridos en sus lugares de origen y a todos los que están unidos a nosotros en estos momentos a través de la televisión o la radio, de todo corazón les imparto mi particular bendición apostólica.



*Joannes Paulus II*